



El grupo escultórico del Prendimiento encara la esquina entre las calles del Aire y del Cañón, con la puerta del bar El Cantón hasta arriba de público. FOTOS: PABLO SÁNCHEZ / AGM

## Magno y dorado resarcir californio

Penitentes, granaderos y portapasos encarnados se desquitaron de las penas de un inicio pasado por agua y deslumbraron con Cartagena echada a las calles y a sus pies

JESÚS NICOLÁS



CARTAGENA. Despliegue de patrimonio y tradición popular sin igual, la procesión del Prendimiento de los californios abarrotó el casco antiguo cartagenero para la magna procesión previa a la noche de Silencio y la salida del Cristo de los Mineros este Jueves Santo. Tanto los que siguieron el deambular de penitentes, portapasos y militares desde sus sillas alquiladas como los que tuvieron la suerte de pillar hueco en la terraza de su bar de confianza se agarraron bien los machos para asistir a una película digna de ensombrecer hasta el entregado papel de Mel Gibson en La Pasión de Cristo (2004).

Un ambiente de profunda fascinación que contrastó con el inmediatamente previo a la salida



Un tercio de penitentes enfila la recta final de la calle del Aire con sus hachotes.

del cortejo, que era plenamente festivo. Aunque hasta se escuchó 'Paquito el Chocolatero' o la popular marcha 'Banderita' tocadas a banda por la calle Cañón, amigos, padres y cuñados callaron a continuación para observar y comentar en voz sosegada el sobrecogimiento que les despertaba una sucesión de tronos

y conjuntos escultóricos sin parangón que, solo bajo la insustituible marca califorina, podían retrotraer de forma tan fidedigna a las escenas más luctuosas de la vida del Mesías. Hubo alguna devota procesionista a la que casi hubo que 'prenderla' de su asiento y uno de los cinco cruceros que hizo escala en el puerto

mano de chaqueta por el frío, lo que no achantó a los cartageneros, que se echaron a la calle para arropar a los californios.

Y es que el Prendimiento, no es solo su trono titular, es todos y cada uno de sus tercios, entre los que se agrupan tallas de José Sánchez Lozano, Mariano Benlliure o el más contemporáneo Federico Collaut-Varela. Un trío de ases al que se suma para el póker de virtuosos imagineros algunas de las contadas tallas del maestro Salzillo que se salvaron de la quema en la Guerra Civil.

«Mira, esa es de Salzillo. Que se le notan todos los músculos», indicaba con ojo analítico una abuela a su nieto sentados en la calle Mayor al paso de la Oración en el Huerto, con dos durmientes apóstoles del escultor murciano de raíces napolitanas.

Unas propiedades que la Cofradía, que este año inauguraba su nueva sede en la antigua panadería La Espiga Dorada, lucieron con los estucados de los tronos brillantes en la noche de miércoles grande. No en vano, la entidad dirigida por el hermano mayor, Pedro Ayala, no pierde ocasión para, con todo el mimo, mejorar el aspecto de sus más valiosas piezas. Sin ir más lejos, el del Prendimiento estaba recién renovado.